

El caso de la
Oveja Ramira
que roncaba cuando
sus compañeras dormían



Luz Álvarez

El caso de la Oveja Ramira

*que roncaba cuando
sus compañeras dormían.*

Las ovejas pastaban tranquilamente en los verdes y jugosos prados que se extendían al pie de las montañas. Era aquella una hermosa mañana primaveral, plena de luz, refrescada por un aire suave. Un poco alejados, el pastor y su perro, tumbados bajo la sombra de un árbol, vigilaban el rebaño.

Las ovejas estaban tranquilas, masticaban con deleite los brotes tiernos de hierba y grama ¡qué bien que ya habían pasado los días fríos y aquellas larguísimas noches invernales encerradas en el establo, sin poder salir!

Ramira, una de las ovejas jóvenes –el pastor les ponía nombre a todas ellas, era un hombre muy considerado con su rebaño– Ramira, sintiéndose feliz, entusiasmada por la fragancia a hierba que traía la brisa, se arrancó a balar con toda la fuerza de sus pulmones:

Beeeeeeeeeeeeiiiiiii! Beeeeeeeeeeeeiiiiiii! Beeeeeeeeeeeeiiiiiii!

— ¡Esto ya no puede seguir así, es preciso encontrar una solución! — Hablaba una oveja muy mayor —

— ¡Yo no puedo evitarlo! — se lamentaba Ramira observando con tristeza a sus compañeras, enflaquecidas en los últimos tiempos por la falta de descanso y la consiguiente pérdida de apetito.

Una oveja apuntó un posible arreglo al drama que se vivía en la cuadra.

— He oído decir que cuando alguien está roncando, si escucha un sonido así como: ttttttssssss, ttttttssssss, que se hace golpeando la punta de la lengua contra los dientes de arriba, pues entonces deja de roncar.

Animadas por estas palabras, la noche siguiente, en cuanto empezaron los pavorosos ronquidos de Ramira, todo el rebaño se puso a hacer ese sonido: ttttttssssssss... ttttttssssssss.

Los ronquidos cesaron durante unos minutos — ¡uf, qué alivio!

Para comenzar de nuevo con mayor potencia.

Ggggggggggggrrrrrrrrrrrr

— Yo he oído decir que si se mueve suavemente la cabeza del durmiente hacia el otro lado, deja de roncar — apuntó Ramira, a lo mejor eso funciona conmigo, ¿queréis probar?

Esa misma noche pusieron a prueba el consejo. Tan pronto como Ramira comenzó su tremendo concierto de trompeta, una compañera le giró la cabeza en la otra dirección, y luego otra, y luego la de más allá... Así estuvieron toda la noche, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. El resultado no fue malo, a decir verdad, pero tampoco se consiguió un éxito total.

Se pensó entonces en una solución más drástica y definitiva:

— ¿Y si te ponemos el bozal del perro? No podrías abrir la boca tanto y entonces no roncarías, ¿qué te parece la idea?

— Bueno, yo... no se, no me gusta la idea, vaya, un bozal ¡qué cosa tan triste!... pero, en fin, lo probaremos.

Justo antes de tumbarse para el descanso, ayudaron a Ramira a colocarse el bozal que encontraron tirado en el establo — el perro pastor no lo usaba nunca —

— ¡Ay, socorro, yo con esto me asfixio, madre mía qué angustia me está dando!

— ¡Aguanta un poco, a ver si logras acostumbrarte!

Pero Ramira no se acostumbraba a llevar un bozal, que es una cosa tremenda.

—Si esto sigue así, y no veo cómo puede cambiar, tendrás que marcharte, Ramira —habló una oveja de las mayores—

— ¡¿Cómo!?

—Sí, al otro establo, al que está abandonado... tan sólo por las noches... es por nuestra salud, hermana, compréndelo.

—Pero...pero...yo he nacido aquí, me he criado entre vosotras, sois mi rebaño... ¿cómo me voy a quedar sola por la noche? Las ovejas no estamos acostumbradas a la soledad —Ramira protestaba entre sollozos, cosa que entristeció a muchas de sus compañeras.

— ¡No, ella no se marchará!

— Pero es que...

— ¡No!, ¡es una de la nuestras y se quedará! tendremos que tomar lo bueno junto con lo malo, porque así son las cosas. Cuando Ramira canta con fuerza en el prado nos anima y alegra la vida, entonces no le parece mal a nadie la potencia de su voz, pero por la noche no nos gustan sus ronquidos y queremos echarla, a pesar de que ella no lo hace por molestarnos, simplemente no lo puede evitar ¡Y yo digo que no a eso, no podemos echarla así por las buenas! —era una ovejita bien decidida la que así habló.

—No, no —respondieron otras— no se puede ir, es nuestra compañera.

— Está bien, pensemos en otra solución, entonces, algo habrá que se pueda hacer.

Las ovejas pensaron y discurrieron durante toda la mañana y gran parte de la tarde, al atardecer tomaron una decisión y... esa noche, por primera vez en mucho tiempo, el rebaño entero descansó.

Una vez entró el pastor a ver cómo estaban, se apoyó en el quicio de la puerta contemplando aquella masa cálida que respiraba suavemente ¡daba gusto ver esa especie de manta lanuda, cálida y viva de la que sobresalían hocicos, cabezas, lomos, paletillas y orejas! De vez en cuando alguna oveja hacía un sonido tttttttsssssss, otra se movía entonces y le giraba la cabeza a una compañera — ¡ah, esa es la cantora, qué hermosa es, y que buena voz tiene! —

Y si uno se fijaba bien podía ver que las orejas de todos los animales estaban tapadas por unas tupidas y compactas bolitas de lana, ideales para descansar sin que a uno le molesten los ruidos del exterior.

